

Brunhilde Biebuyck, Sandra Bornand y Cécile Leguy, coord. *Pratiques d'enquêtes. Cahiers de Littérature Orale*, 64-64, 2008; 475 pp.

Este grueso volumen monográfico de los ya muy longevos y cada día más prestigiosos *Cahiers de Littérature Orale* que publica el Centre d'Étude et de Recherche sur les Littératures Orales du Monde (CERLOM) del INALCO (Institut National des Langues et Civilisations Orientales) de París es una muestra sobresaliente de la madurez que han alcanzado los estudios sobre la literatura oral internacional que se realizan en Francia (en la francofonía europea en general), y también de algunas de sus preocupaciones y orientaciones, y de no pocos de sus méritos y logros.

Visto todo ello desde España, las sensaciones que irremediablemente se experimentan al hojear este grueso volumen son las de (sanas) envidia y admiración. Mucho es, posiblemente, lo que falta todavía para que en nuestro país pueda ser publicado un libro de la densidad y de la variedad que exhiben estas *Pratiques d'enquêtes* que se abren ante nosotros como espacios de confluencia de líneas de investigación muy plurales pero muy bien estructuradas y asentadas, exponentes de métodos, de tendencias, de aplicaciones sobre tradiciones distintas y géneros diversos que tienen el común denominador del altísimo nivel científico de todos y cada uno de sus artículos. Claro que también es muchísimo lo que falta para que pueda haber en nuestro país (si es que llega algún día a haberla) una institución paralela, con el encaje académico y el apoyo institucional que tiene el CERLOM que publica esta revista.

No todos los artículos acogidos en este volumen (aunque la gran mayoría sí) son fruto de la labor de los investigadores franceses ni han sido realizados en el marco de las instituciones académicas francesas. Ahora bien: los pocos que (por invitación de sus colegas franceses) vienen de fuera reflejan los vínculos de colaboración estrechos (y, sin duda, muy enriquecedores) que los especialistas galos mantienen con colegas e investigaciones de otros países. Modelo todo ello, en fin, de ciencia atenta a lo diverso,

pero acogida a objetivos, inquietudes y labores compartidos y comunicados.

Pratiques d'enquêtes es, en cualquier caso, uno de los títulos más importantes entre los que han sido publicados en los últimos años en cualquier lugar del mundo acerca de las ideas y las prácticas de registro, de edición, de reflexión en torno a los discursos literarios orales. Su pluralidad de enfoques está garantizada, ya que nos traslada las opiniones y métodos de especialistas que trabajan en países y en latitudes muy distintos, desde la Bretaña francesa hasta Níger o los Estados Unidos, y desde Cerdeña hasta Palestina o Costa de Marfil.

Entre los rasgos que es preciso destacar dentro de este grueso volumen colectivo está el que la gran mayoría de las firmas (veinte) son de autoras, mientras que los autores son sólo cinco. Indicio elocuentísimo de cómo en las últimas décadas, incluso en los últimos años, el trabajo de las mujeres etnógrafas que se lanzan a la aventura de la encuesta en espacios que antes eran cotos tradicionalmente cerrados para quienes no fuesen varones ha experimentado un impulso muy importante, podría decirse que revolucionario, en términos cuantitativos y cualitativos.

Digno de ser notado es también el hecho de que algunas de las etnografías descritas y explicadas en este volumen se refieran a pueblos que siguen inmersos en formas de cultura fundamentalmente oral, bastante tradicional, escasamente tecnologizada, mientras que otras meditan acerca de los discursos folclóricos que viven y conviven, hoy, con los medios de comunicación y de cultura de masas virtuales e internáuticos, moviéndose inquietamente en el complejo e inestable territorio de los *e-mails*, de los *blogs*, etcétera.

Conviene destacar, además, que algunos de los artículos se hallan organizados desde una perspectiva estrictamente descriptiva e interpretativa de las labores de encuesta de la literatura oral, mientras que otros evalúan, desde enfoques más teóricos y programáticos, los pros y los contras del método de análisis comparatista, los fenómenos de globalización y de mundialización de la cultura que afectan de lleno, y de forma dramática, a este

tipo de fragilísimos repertorios orales o las políticas de recuperación, selección, clasificación y canonización (y, por tanto, también de burocratización, de politización y de exclusión de los no seleccionados) del patrimonio cultural tradicional del tipo de las que desarrolla, por ejemplo, la UNESCO con su programa de designaciones y de *premios* de patrimonios orales internacionales que favorecen a los presuntamente (más) importantes o representativos en detrimento de otros que considera menos importantes. De pocas lecturas como de la de este libro podrán obtenerse pues, el día de hoy, conclusiones tan representativas acerca de las sensibilidades, los métodos, los objetivos, incluso las dimensiones políticas y éticas de la actividad y de la reflexión etnográficas.

Personalmente me parece difícil privilegiar el comentario de alguno de estos artículos sobre el comentario de los demás, ya que todos tienen tanto valor como interés. Pero he de admitir que los que se centran en las culturas (más que en las literaturas) orales del continente africano son de una calidad y originalidad excepcionales, y hacen justicia a la posición dominante que las investigaciones africanistas francesas (mejor dicho, francófonas) siguen teniendo en el panorama académico internacional. Por ejemplo, el artículo de Sandra Bornand acerca de sus experiencias de recolección etnográfica entre los songhay-zarma de Níger, o el de Marie Lorillard sobre sus campañas entre los nyarafolo del norte de Costa de Marfil me han parecido enormemente densos y argumentados, a la par que honestos y sinceros.

En planos de tiempo, de espacio y de poética muy diferentes, el muy original análisis que hace Éva Guillorel acerca de un concurso de recolección de canciones populares que fue convocado en Bretaña en 1906 creo que ofrece bases metodológicas muy interesantes para el estudio de fenómenos similares que tuvieron y tienen lugar en España, desde aquellos ya míticos concursos de folclore musical que convocó el Instituto Español de Musicología de Barcelona entre los años 1946 y 1952.

La mayoría de los artículos que componen este volumen colectivo acerca de las *Pratiques d'enquêtes* prefiere plantear pregun-

tas antes que buscar respuestas, dar opiniones mejor que formular juicios, hacer autoconfesión de ideas en construcción y de proyectos en curso en vez de imponer o normalizar métodos. Signo distintivo de una etnografía humilde, sensible, abierta, es otro de sus muchos méritos, por más que tal apertura de orientaciones, de programas, de valoraciones, no contribuye precisamente a facilitar la confección de una reseña unitaria.

Entre las muchas dimensiones de la labor etnográfica (y de sus proyecciones) que plantean estas *Pratiques d'enquêtes*, una de las más interesantes (para mí) y de las más precisadas de atención y de discusión (ésa es la razón por la que voy a dedicarle algún comentario específico) es la cuestión de la apropiación política que de los patrimonios orales y tradicionales hacen las administraciones locales, regionales, estatales, supraestatales, con su siempre activo y poderosísimo cortejo de propagandistas mediáticos que son capaces de reorientar, de reinventar, incluso de *inventar* desde abajo las percepciones (el concepto de historia, los valores, las imágenes, los símbolos) que cada pueblo tiene de sí mismo, o las percepciones que el mundo puede llegar a tener de cada pueblo.

El fenómeno está muy ampliamente documentado y ha sido también intensamente debatido por historiadores, sociólogos, antropólogos, sobre todo a partir del libro seminal *The Invention of the Tradition* (1985) que, bajo la coordinación de Eric Hobsbawm y de Terence Ranger, fue de los primeros en mostrar de qué modo los intereses políticos y económicos y los programas de acción y de intervención cultural de determinadas élites son capaces de definir y de redefinir las tradiciones, las ideas, los símbolos, el espíritu de un pueblo. Los historiadores de las (seudo)épicas nazis, fascistas, comunistas, imperialistas de todo signo, han prestado muy escrupulosa atención, por supuesto, a estos procesos, que en aquellos regímenes estuvieron situados en la primera línea, no ya de la política cultural, sino incluso de la política misma, ya que, en ellos, las remitológizaciones del pasado se constituyeron en requisitos y en estrategias claves para legitimar regímenes que se vindicaban como restauradores de los vínculos con aquellos pasados gloriosos. Aunque lo cierto es que puede decirse que

ninguna entidad político-cultural (local, regional, estatal) de ningún sitio, sin excluir, desde luego, las nuestras de hoy mismo, se halla libre y al margen de este tipo de remitologizaciones, algunas moderadas, otras sumamente groseras, que contribuyen a dar a cada comunidad el cuño simbólico y cultural que sus ideólogos se empeñan en programar.

Los etnógrafos y folcloristas de hoy han mirado, de manera por lo general aguda y crítica, sobre todo hacia los procesos de apropiación y de manipulación políticos del folclore de signo más concreto y local, y también hacia el de las comunidades de carácter estatal o con aspiraciones de ser estatales, con atención especial a los casos que se hallan encarnados en los nacionalismos centralistas y en los separatistas. Pero no han tenido apenas tiempo todavía para reflexionar acerca de fenómenos relativamente recientes, globales y globalizadores, de carácter supraestatal, como los que se realizan al amparo de las siglas de la UNESCO y de su Convención para la Salvaguarda del Patrimonio Cultural Intangible, cuyas implicaciones y consecuencias *etnográficas* fueron objeto de las reflexiones de un artículo precursor de Graham Furniss, "Reflections on the UNESCO Convention for the Safeguarding of the Intangible Cultural Heritage", que fue publicado en 2005 en el volumen colectivo *Paroles nomades. Écrits d'ethno-linguistique africaine*. En este volumen de *Pratiques d'enquêtes*, concretamente en su artículo "The Oral Literature Researcher as a Foreign Expert", han quedado expuestas las reflexiones del profesor Lee Haring acerca de la misma cuestión, hechas desde la perspectiva del especialista (del *experto externo*, según se define él) que en ocasiones debe asumir las labores de evaluación o de dictamen de acontecimientos culturales orales a los que ha de acercarse desde fuera y contemplar con la mirada del visitante, puesto que no se trata de su tradición nativa.

Mi opinión personal acerca de estas clasificaciones, concursos o *rankings* de patrimonios orales y culturales que impulsa con alcances supraestatales la UNESCO, o de los que promueven (a veces por mimetismo con la política de la UNESCO, que ha generado una tupida red de *subconcursos* estatales) numerosos países

e incluso regiones y provincias de todo el mundo, para seleccionar, privilegiar y canonizar determinados repertorios de *patrimonio oral* o *intangibles* (o *de interés cultural*, o *de interés turístico*, etc., etc., etc.) y para condenar, en inevitable y fatal consecuencia, a otras a la exclusión de esos cánones, privilegios y certificaciones, es sinceramente muy negativa. Hablo también desde mi condición de *ex experto externo* de instituciones que me han encargado reflexiones y dictámenes al respecto: mi experiencia pasada dentro de tales órganos consultivos y evaluadores no solo ha cimentado mi opinión de que es imposible hacer una selección justa e imparcial de manifestaciones de cultura oral vivas en tradiciones, a veces en países y en continentes diversos, que tienen caracteres (afortunadamente) muy plurales, radicalmente desiguales, refractarios a ser medidos (en consecuencia) con los mismos o con parecidos raseros evaluadores o dictaminadores.

Mi experiencia me ha llevado también a la constatación de que los intereses, las presiones y las manipulaciones de signo político, económico, ideológico, incluso confesional, ejercidos por poderosos grupos de presión institucionales y mediáticos acaban teniendo un peso no ya decisivo, sino definitivo, en el funcionamiento de esa burocracia tan ajena al espíritu libre, ingenuo, abierto, fugaz, delicadísimo, singularísimo, de las expresiones de cultura tradicional que ponen a competir.

De hecho, pienso que esas voces judiciales, sentenciosas, inapelables, que llevan los sellos de la poderosa UNESCO o de las instituciones que sean — pues proliferan las organizaciones (con sus funcionarios, sus consultores y sus sellos) que se han especializado en la labor de hablar (y cobrar) como mediadores o como portavoces de aquellos que no les han llamado — pueden y deben ser objetos, también, de reflexión etnográfica. Si entendemos la etnografía como registro de las voces de nuestro tiempo y como análisis de su función y de su significado en el medio sociocultural en el que viven, será sin duda difícil imaginar una etnografía más justificada y más oportuna que la de esas usurpaciones que se expresan a través de los altavoces retumbantes de las instituciones y de los medios de comunicación de masas. Y

que reservan para las voces frágiles de los ancianos que recuerdan tal tradición en medio de la selva o que se acuerdan aún de tal relato en las noches de desierto el papel de ruido de fondo de algún exótico evento cultural del que el mundo se entera cuando sus mesiánicos reivindicadores ponen los focos sobre él, aunque eso suponga (lógicamente) que no se enteren de los repertorios de cultura que se quedan fuera de esos focos.

Mi opinión es que, con las amenazas que acechan hoy, desde todos los frentes, a los cada vez más indefensos repertorios de cultura oral tradicional que alientan en el mundo, la labor de los etnógrafos no debe ser la de caer en la trampa de colaborar en el establecimiento de *rankings* que impongan falsas y disparatadas jerarquías de calidad, de relevancia o de dignidad ante los ojos acrílicos y desinformados de los consumidores de los titulares mediáticos. Nuestro papel creo que no debe consistir en otorgar privilegios a piezas artificial y arbitrariamente realzadas o destacadas del muy complejo y muy heterogéneo mosaico de nuestras culturas, sino velar por la integridad del ecosistema al completo y de todas y cada una de sus piezas, sin discriminaciones ni canonizaciones interesadas que, se quiera o no, introducen fracturas, desigualdades y agravios comparativos, al tiempo que siembran tinieblas espesas en torno a todo lo que queda fuera de la luz caprichosa de los focos mediáticos y de las certificaciones burocráticas.

La etnografía que, en mi opinión, es más urgente hacer, la que está casi ausente (si se exceptúa el neutro y comedido artículo de Haring) de este libro de *Pratiques d'enquêtes*, la que debería estar describiendo un fenómeno de magnitud colosal que afecta a la esencia misma de la transmisión, la recepción, la apreciación de las culturas orales que aspiramos a conocer y analizar, es la etnografía de estas poderosas voces institucionales, politizadas, burocratizadas que han asumido el papel de seleccionar y de organizar nuestro conocimiento de las voces que suenan en el mundo.

La cuestión es sin duda muy compleja y se inscribe dentro de una red de hechos sociales y culturales que tiene muchos más actores y muchas más proyecciones, aunque la dirección en que

se mueven todas ellas sea, a grandes rasgos, la misma. Fijémonos: pocos juicios puede haber tan simplistas, tan degradantes, tan arrogantemente paternalistas en relación con las profusísimas y profundísimas culturas y literaturas africanas como los grandes titulares que, con ocasión de la celebración del campeonato mundial de fútbol de Sudáfrica en 2010, han ocupado las páginas, las ondas y las pantallas de la prensa mundial: "el mundial de fútbol en Sudáfrica se realizará en un país con una literatura tan extraordinaria como combativa, que cuenta con dos premios Nobel, Coetzee y Gordimer. La cita deportiva es, además, una oportunidad para descubrir un continente de gran variedad literaria", proclamaban las letras grandes de un extenso artículo del escritor y periodista John Carlin que abría el número de *Babelia*, la revista cultural más influyente de España, del 5 de junio de 2010. Que el interés, el conocimiento y el aprecio de las literaturas y de las culturas africanas deban depender, o que deban simplemente estar asociados (en posición, por supuesto, de convidados subsidiarios y pintorescos), a eventos tan politizados y tan mercantilizados como un campeonato de fútbol programado por una burocracia supraestatal como es la FIFA, que tiene su sede en el lejanísimo Zurich, es una prueba brutal de la capacidad manipuladora con que las interesadas instituciones supranacionales, los ciegos espectáculos de masas, los ruidosos fragores mediáticos, saben agitar (incluyendo al mismo tiempo en su contabilidad) los hilos tenues de las voces que intentan seguir trayéndonos reflejos de la memoria del mundo que había antes de ese caos que hemos exportado a todas partes.

África existe (aunque la mayor parte del mundo no lo tenga demasiado claro) no sólo cuando en su suelo tiene lugar un campeonato de fútbol programado por la FIFA desde Zurich; o cuando los ancianos académicos de Estocolmo otorgan gentilmente el premio Nobel de Literatura al nigeriano Soyinka en 1987 o a los sudafricanos Gordimer y Coetzee en 1991 y 2003; o cuando la UNESCO expende desde París cartas de nobleza a unos cuantos repertorios de cultura oral mientras se los niega a otros; o cuando el papa de Roma o el presidente de Francia, el de Washington o

el de Pekín, o los directivos de mil y una empresas y sectas con sede en Nueva York, en Londres o en Tokio hacen visitas de inspección por Camerún, por Senegal, por Kenia o por Angola para vigilar la buena marcha de sus proselitismos religiosos y de sus intereses político-económicos.

Rompiendo el alma de aquel continente, destruyendo su voz (su antes casi infinita polifonía de voces propias), imponiéndole toda suerte de caóticas voces *alienígenas* (*alienígenas*: ajenas, nacidas afuera), desbaratando sus sistemas religiosos y culturales y, de paso, explotando sin el menor escrúpulo sus recursos naturales y destruyendo su patrimonio ecológico, en un ceremonial de destrucciones concertadas en que ninguna violencia ni humillación es casual ni está desvinculada de las demás. La obsesión de ver un mundo que es negro con ojos que no están dispuestos a renunciar a los instrumentos de poder (incluidos los de selección, clasificación, certificación) blancos, de apuntar todos los focos en una sola o en muy pocas direcciones (las que señalan las burocracias políticas y mediáticas), condenando todo lo demás a la no-luz, al no-prestigio, al no-canon es, sin duda, uno de los peligros más letales que se ciernen sobre los muy diversos y muy dignos (dignísimos todos) patrimonios orales cuyas inocentes cantilenas suenan (¡todavía!) en África y en el mundo. Y es además, por supuesto, uno de los fenómenos más *etnografiables* que es posible imaginar, si es que la razón de ser de la etnografía es dejar testimonio de los hechos que se están produciendo o perpetrando en nuestro mundo.

No creo que la etnografía necesite asumir una actitud exacerbadamente crítica frente a lo que está pasando, ni que deba responder a la política exclusivamente con la política. Basta con que asuma la función de testigo atento y de notario fidedigno de los acontecimientos para que el ingrediente crítico (y, de alguna manera, también el político) tome cuerpo en ella. Siempre y cuando entienda los acontecimientos no sólo como lo que ha quedado iluminado por los focos, sino también como lo que ha quedado fuera de ellos. Y siempre y cuando incluya también en la secuencia de los sujetos y de los hechos *etnografiables*, porque ahí está seguramente la clave de todo, a quienes manejan esos focos y a los intereses que los guían.

Una última reflexión, tan personal como todas las anteriores: si la etnografía tiene la obligación de ser crítica, con más razón aún debería ser autocrítica. Desde ese punto de partida, ¿está justificado que el etnógrafo viaje desde su casa, desde su método, desde sus juicios y prejuicios, a lugares lejanos para estudiar a los seres humanos y a las voces que allí encuentre, para documentarlas, analizarlas y emitir juicios acerca de ellos? ¿Pueden los discursos de los etnógrafos, que se hallan sujetos a la inevitable artificiosidad de lo escrito y a la frialdad de lo académico, por más empáticos y humildes que intenten ser, tener alguna autoridad o alguna legitimidad éticas, o arrogarse la condición de reflejos fieles y honestos de las culturas a las que pretenden acercarse? ¿No será el destino de los etnógrafos el de sumarse fatalmente, aunque no lo quieran, a la cacofonía de voces *alienígenas* y al club de manipuladores que contribuyen a que el murmullo de las voces nativas se escuche cada vez más sofocado e inaudible? ¿Intervenir de algún modo, incluso *de modo etnográfico* y con la mejor intención, no es de alguna manera invadir, violentar, contaminar, introducir sujetos, instrumentos de análisis y medición, intereses ajenos en el seno de unos acontecimientos socioculturales que habían vivido antes perfectamente bien sin ellos?

Difíciles, complejas, delicadísimas preguntas, que habrían de ser planteadas (sin que puedan llegar seguramente a quedar resueltas) en un volumen de *Pratiques d'enquêtes* tan denso y voluminoso al menos como el que nos ha ocupado ahora. Un relato-crónica, breve y precioso, que el narrador uruguayo Eduardo Galeano interpoló en sus *Días y noches de amor y de guerra* (1978) no resolverá la cuestión. Quizá la haga más compleja aún, porque ilustra técnicas de intervención más comprometidas aún que la simplemente etnográfica. Pero nos ayudará acaso a reflexionar sobre ella:

En aquellos altos páramos, los indios todavía visten de negro por el crimen de Atahualpa. La comunidad comparte lo poco que se arranca a las tierras áridas.

No hay diarios; y además nadie sabe leer. Tampoco hay radios; y de todos modos las radios hablan la lengua de los conquistado-

res. ¿Cómo hacen las pequeñas aldeas para enterarse de lo que ocurre en la comunidad? Cada aldea envía dos o tres actores a recorrer la comarca: ellos *representan* las noticias y *actúan* los problemas. Al contar lo que les pasa, cuentan lo que son:

—Nos han quitado el sol y la luna. Nos trajeron otros dioses. No los comprendemos; pero por ellos nos estamos matando.

Margarita no fue a Cañar para enseñar teatro, sino para aprender y ayudar.

JOSÉ MANUEL PEDROSA
Universidad de Alcalá